

lee ni se escribe; y cuánto tenemos por fin que agradecer al cielo, que por tan raro y desusado camino nos guía á nuestro bien y eterno descanso, el cual deseo para todos los habitantes de este incultísimo país de las Batuecas, en que tuvimos la dicha de nacer, donde tenemos la gloria de vivir, y en el cual tendremos la paciencia de morir. Adios, Andrés.

*Tu amigo y bachiller.*



## EMPEÑOS Y DESEMPEÑOS

Pierde, pordiosea  
El noble, empeña, malbarata,  
Quiebra y perece, y el logrero goza  
Los pingües patrimonios...

JOVELLANOS.

En prensa tenía yo mi imaginación no há muchas mañanas (1), buscando un tema nuevo sobre que dejar correr libremente mi atrevida sin hueso, que ya pedía conversación, y acaso nunca lo hubiera encontrado á no ser por la casualidad que contaré; y digo que no la hubiera encontrado, porque entre tantas apuntes y notas como en mi pupitre tengo hacinadas, acaso dos solas contendrán cosas que se puedan decir, ó que no deban por ahora dejarse de decir.

Tengo un sobrino, y vamos adelante, que esto nada tiene de particular. Este tal sobrino es un mancebo que ha recibido una educación de las más escogidas que en este nuestro siglo se suelen dar; es decir esto que sabe leer, aunque no en todos los libros, y escribir, si bien no cosas dignas de ser leídas; contar no es cosa mayor, porque descuida el cuento de sus cuentas en sus acreedores, que mejor que él se las saben llevar; baila como discípulo de Veluci; canta lo que basta para hacerse rogar y no estar nunca en voz; monta á caballo como un centauro, y da gozo ver con qué soltura y desembarazo atropella por esas calles de Madrid á sus amigos y conocidos; de ciencias y artes ignora lo suficiente para poder hablar de todo con maestría. En materia de bella literatura y de teatro no se hable, porque está abonado, y si no entiende la comedia, para eso la paga, y aun la suele silbar; de este modo da á entender que ha visto cosas mejores en otros países, porque ha viajado por el extranjero á fuer de bien criado. Habla un poco de francés y de italiano siempre que había de hablar español, y español no lo habla, sino lo maltrata; á eso dice que la lengua española es la suya, y que puede hacer

con ella lo que más le viniere en voluntad. Por supuesto que no cree en Dios, porque quiere pasar por hombre de luces; pero en cambio cree en chalanes y en mozas, en amigos y en rufianes. Se me olvidaba. No hablemos de su pundonor, porque éste es tal que por la menor bagatela, sobre si lo miraron, sobre si no lo miraron, poné una estocada en el corazón de su mejor amigo con la más singular gracia y desenvoltura que en esgrimidor alguno se ha conocido.

Con esta exquisita crianza, pues, y vestirse de vez en cuando de majo, traje que lleva consigo el *¿qué se me da á mí?* y el *¡aquí estoy yo!* ya se deja conocer que es uno de los gerifaltes que más lugar ocupan en la corte, y que constituye uno de los adornos de la sociedad de buen tono de esta capital de qué sé yo cuántos mundos.

Este es mi pariente, y bien sé yo que si su padre le viera había de estar tan embobado con su hijo como lo estoy yo con mi sobrino, por tanta buena cualidad como en él se ha llegado á reunir. Conoce mi Joaquín esta fragilidad y aun suele prevalerse de ella.

Las ocho serían y vestíame yo, cuando entra mi criado y me anuncia mi sobrino. «¿Mi sobrino? pues debe de ser la una. — No, señor, son las ocho no más.» Abro los ojos asombrado y me encuentro á mi elegante de pie, vestido y en mi casa á las ocho de la mañana. «Joaquín, ¿tú á estas horas? — ¡Querido tío, buenos días! — ¿Vas de viaje? — No, señor. — ¿Qué madrugón es este? — ¿Yo madrugar, tío? todavía no me he acostado. — ¡Ah, ya decía yo! — Vengo de casa de la marquesita del Peñol: hasta ahora ha durado el baile. Francisco se ha ido á casa con los seis dominós que he llevado esta noche para mudarme. — ¿Seis no más? — No más. —

(1) Carnaval del año 1832.



No se me hacen muchos.—Tenía que engañar á seis personas.—¿Engañar? Mal hecho.—Querido tío, usted es muy antiguo.—Gracias, sobrino, adelante.—Tío mío, tengo que pedirle á usted un gran favor.—¿Seré yo la séptima persona?—Querido tío, ya me he quitado la máscara.—Dí el favor, y eché mano de la llave de mi gaveta.—En el día no hay rentas que basten para nada; tanto baile, tanto... en una palabra, tengo un compromiso. ¿Se acuerda usted de la repetición de Breguet que me vió usted días pasados?—Sí, que te había costado cinco mil reales.—No era mía.—¡Ah!—El marqués de\*\*\* acababa de llegar de París, quería mandarla limpiar, y no conociendo á ningún relojero en Madrid le prometí enviársela al mío.—Sigue.—Pero mi suerte lo dispuso de otra manera; tenía yo aquel día un compromiso de honor; la baronesita y yo habíamos quedado en ir juntos á Chamartín á pasar un día; era imposible ir en su coche, es demasiado conocido.—Adelante.—Era indispensable tomar yo un coche, disponer una casa y una comida de campo... á la sazón me hallaba sin un cuarto; mi honor era lo primero, además, que andan las ocasiones por las nubes...—Sigue.—Empeñé la repetición de mi amigo.—¡Por tu honor!—Cierto.—¡Bien entendido! ¿y ahora?—Hoy como con el marqués, le he dicho que la tengo en casa compuesta y...—Ya entiendo.—Ya ve usted, tío... esto pudiera producir un lance muy desagradable.—¿Cuánto es?—Cien duros.—¿Nada más? no se me hace mucho»

Era claro que la vida de mi sobrino y su honor se hallaban en inminente riesgo. ¿Qué podía hacer un tío tan cariñoso, tan amante de su sobrino, tan rico y sin hijos? Conté, pues, sus cien duros, es decir, los míos «Sobrino, vamos á la casa donde está empeñada la repetición.—*Quand il vous plaira*, querido tío.»

Llegamos al café, una de las lonjas de empeño, digámoslo así, y comencé á sospechar desde luego que esta aventura había de producirme un artículo de costumbres. «Tío, aquí será preciso esperar.—¿A quién?—Al hombre que sabe la casa.—¿No la sabes tú?—No, señor: estos hombres no quieren nunca que se vaya con ellos.—¿Y se les confían repeticiones de cinco mil reales?—Es un honrado corredor que vive de este tráfico. Aquí está. Este es el honrado corredor,» y entró un hombre como de unos cuarenta años, si es que se podía seguir la huella del tiempo en una cara como la debe de tener el judío errante, si vive todavía desde el

tiempo de Jesucristo. Rostro acuchillado con varios chirlos y jirones tan bien avenidos y colocados de trecho en trecho, que más parecían nacidos en aquella cara, que efectos de encuentros desgraciados; mirar bizco, como de quien mira y no mira; barbas independientes, crecidas y que daban claros indicios de no tener con las navajas todo aquel trato y familiaridad que exige el aseo; ruín sombrero con oficios de quitaguas; capa de estas que no tapan lo que llevan debajo, con muchas cenefas de barro de Madrid; botas ó zapatos, que esto no se conocía, con más lodo que cordobán; uñas de escribano y una pierna de dos que tenía, en vez de sustentar la carga del cuerpo, le servía á éste de carga, y era de él sustentada, por donde de tal corredor se podía decir exactamente aquello de que *tripas llevan pies*; metal de voz además que á todos los ruidos desapaçibles se asemejaba, y aire, en fin, misterioso y escudriñador. «¿Está eso, señorito?—Está; tío, déselo usted.—Es inútil, yo no entrego mi dinero de esta suerte.—Caballero, no hay cuidado.—No lo habrá ciertamente, porque no lo daré.» Aquí empezó una de votos y juramentos del honrado corredor, de quien tan injustamente se desconfiaba, y de lamentaciones deprecatorias de mi sobrino, que veía escapársele de las manos su repetición por una etiqueta de esta especie; pero me mantuve firme, y le fué preciso ceder al hebreo mediante una honesta gratificación que con sus votos canjeamos.

En el camino nuestro *cicerone*, más aplacado, sacó de la faltriquera un paquetillo, y mostrándomelo secretamente: «Caballero, me dijo al oído, cigarros habanos, cajetillas, cédulas de... y otras frioleras por si usted gusta.—Gracias, honrado corredor.» Llegamos por fin, á fuerza de apisonar con los pies calles y encrucijadas, á una casa y á un cuarto cuarto, que alguno hubiera llamado guardilla á haber vivido en él un poeta.

No podré explicar cuán mal se avenían á estar juntas unas con otras, y en aquel tan incongruente desván, las diversas prendas que de tan varias partes allí se habían venido á reunir. ¡Oh, si hablaran todos aquellos cautivos! El deslumbrante vestido de la belleza, ¿qué de cosas diría dentro de sus límites ocurridas? ¿qué el collar, muchas veces importuno, con prisa desatado y arrojado con despecho? ¿qué sería escuchar aquella sortija de diamantes, inseparable compañera de los hermosos dedos de marfil de su hermoso dueño? ¡qué diálogo pu-

diera trabar aquella rica capa de chinchilla con aquel chal de cachemira! Desvié mi pensamiento de estas locuras, y parecióme bien que no hablasen. Admirémeme sobremanera al reconocer en los dos prestamistas que dirigían toda aquella máquina á dos personas que mucho de las sociedades conocía, y de quien nunca hubiera presumido que pelecharan con aquel comercio; avergonzaronse ellos algún tanto de hallarse sorprendidos en tal ocupación, y fulminaron una mirada de estas que llevan en sí una larga reconvención sobre el israelita que de aquella manera había comprometido su buen nombre, introduciendo profanos, no iniciados, en el santuario de sus misterios.

Hubo de entrar mi sobrino á la pieza inmediata, donde se debía buscar la repetición y contar el dinero: yo imaginé que aquel debía de ser lugar más á propósito todavía para aventuras que el mismo puerto Lapice: calé el sombrero hasta las cejas, levanté el embozo hasta los ojos, púseme á lo oscuro, donde podía escuchar sin ser notado, y dí á mi observación libre rienda que caminase por do más le pluguiese. Poco tiempo habría pasado en aquel recogimiento, cuando se abre la puerta y un joven vestido modestamente pregunta por el corredor.

«Pepe, te he esperado inútilmente; te he visto pasar, y he seguido tus huellas. Ya estoy aquí y sin un cuarto; no tengo recurso.—Ya le he dicho á usted que por ropas es imposible.—¡Un frac nuevo! ¡una levita poco usada! ¿No ha de valer esto más de diez y seis duros que necesito?—Mire usted, aquellos cofres, aquellos armarios están llenos de ropas de otros como usted; nadie parece á sacarlas, y nadie da por ellas el valor que se prestó.—Mi ropa vale más de cincuenta duros: te juro que antes de ocho días vuelvo por ella.—Eso mismo decía el dueño de aquel sortú que ha pasado en aquella percha dos inviernos; y la que trajo aquel chal, que lleva aquí dos carnavales; y la...—¡Pepe, te daré lo que quieras, mira; estoy comprometido; no me queda más recurso que tirarme un tiro!» Al llegar aquí el diálogo, eché mano de mi bolsillo, diciendo para mí: no se tirará un tiro por diez y seis duros un joven de tan buen aspecto. ¡Quién sabe si no habrá comido hoy su familia; si alguna desgracia... Iba á llamarle, pero me previno Pepe diciendo: «¡Mal hecho!—Tengo que ir esta noche sin falta á casa de la señora de W\*\*\*, y estoy sin traje: he dado palabra de no faltar á una persona respetable.

Tengo que buscar además un dominó para una prima mía, á quien he prometido acompañar...» Al oír esto solté insensiblemente mi bolsa en mi faltriquera, menos poseído ya de mi ardiente caridad. «¡Es posible! Traiga usted una alhaja.—Ni una me queda; tú lo sabes: tienes mi reloj, mis botones, mi cadena.—¡Diez y seis duros!—Mira, con ocho me contento.—Yo no puedo hacer nada en eso; es mucho.—Con cinco me contento, y firmaré los diez y seis, y te daré ahora mismo uno de gratificación...—Ya sabe usted que yo deseo servirle, pero como no soy el dueño... ¿A ver el frac?» Respiró el joven, sonrióse el corredor; tomó el atribulado cinco duros, dió de ellos uno, y firmó diez y seis, contento con el buen negocio que había hecho. «Dentro de tres días vuelvo por ello. Adios. Hasta pasado mañana.—Hasta el año que viene.» Y fué cantando el especulador.

Retumbaban todavía en mis oídos las pisadas y le *fioriture* del atolondrado, cuando se abre violentamente la puerta, y la señora de H...y. en persona, con los ojos encendidos y toda fuera de sí, se precipita en la habitación. «¡Don Fernando!» A su voz salió uno de los prestamistas, caballero de no mala figura y de muy galantes modales. «¡Señora!—¿Me ha enviado usted esta esquela?—Estoy sin un maravedí; mi amigo no la conoce á usted... es un hombre ordinario... y como hemos dado ya más de lo que valen los adornos que tiene usted ahí...—Pero ¿no sabe usted que tengo repartidos los billetes para el baile de esta noche? Es preciso darle, ó me muero del sofoco...—Yo, señora...—Necesito indispensablemente mil reales, y retirar, siquiera hasta mañana, mi diadema de perlas y mis brazaletes para esta noche: en cambio vendrá una vajilla de plata y cuanto tengo en casa. Debo á los músicos tres noches de función; esta mañana me han dicho decididamente que no tocarán si no los pago. El catalán me ha enviado la cuenta de las velas, y que no enviará más mientras no le satisfaga.—Si yo fuera solo...—¿Reñiremos? ¿No sabe usted que esta noche el juego sólo puede producir?... ¡Nos fué tan mal la otra noche! ¿Quiere usted más billetes? no me han dejado más que seis. Envíe usted á casa por los efectos que he dicho.—Yo conozco... por mí... pero aquí pueden oírnos; éntre usted en ese gabinete.» Entráronse, y se cerró la puerta tras ellos.

Siguió á esta escena la de un jugador perdidioso que había perdido el último maravedí, y necesitaba armarse para volver á jugar; dejó un



reloj, tomó diez y firmó quince, y se despidió diciendo: «Tengo corazonada; voy á sacar veinte onzas en media hora, y vuelvo por mi reloj.» Otro jugador ganancioso vino á sacar unas sortijas del tiempo de su prosperidad: algún empleado vino á tomar su mesada adelantada sobre su sueldo, pero descabalada de los crecidos intereses: algún necesitado verdadero se remedió, si es remedio comprar un duro con dos; y sólo mentaré en particular al criado de un personaje que vino por fin á rescatar ciertas alhajas que había más de tres años que cautivas en aquel Argel estaban. Habíanse vendido las alhajas, desconfiados ya los prestamistas de que nunca las pagaran, y porque los intereses estaban á punto de traspasar su valor. No quiero pintar la grito y la zalagarda que en aquella bendita casa se armó. Después de dos años de reclamaciones inútiles, hoy venían por las alhajas; ayer se habían vendido. Juró y blasfemó el criado y fué, prometiendo poner el remedio de aquel atrevimiento en manos de quien más conviniese.

¿Es posible que se viva de esta manera? Pero ¿qué mucho, si el artesano ha de parecer artista, el artista empleado, el empleado título, el título grande, y el grande príncipe? ¿Cómo se puede vivir haciendo menos papel que el vecino? ¡Bien haya el lujo! ¡bien haya la vanidad!

En esto salía ya del gabinete la bella convidadora: habíase secado el manantial de sus lágrimas.

«Adios, y no falte usted á la noche,» dijo misteriosamente una voz penetrante y agitada. «Descuide usted; dentro de media hora enviaré á Pepe,» respondió una voz ronca y mal se-

gura. Bajó los ojos la belleza, compuso sus blondos cabellos, arregló su mantilla, y salió precipitadamente.

A poco salió mi sobrino, que después de darme las gracias, se empeñó tercamente en hacerme admitir un billete para el baile de la señora H....y. Sonreíme, nada dije á mi sobrino, ya que nada había oído, y asistí al baile. Los músicos tocaron, las luces ardieron. ¡Oh utilidad de los usureros!

No quisiera acabar mi artículo sin advertir que reconocí en el baile al famoso prestamista, y en los hombros de su mujer el chal magnífico que llevaba tres carnavales en el cautiverio; y dejó de asombrarme desde entonces el lujo que en ella tantas veces no había comprendido.

Retiréme temprano, que no le sientan bien á mis canas ver entrar á Febo en los bailes; acompañóme mi sobrino, que iba á otra concurrencia. Bajé del coche y nos despedimos. Parecióme no encontrar en su voz aquel mismo calor afectuoso, aquel interés con que por la mañana me dirigía la palabra. Un *adios* bastante indiferente me recordó que aquel día había hecho un favor, y que el tal favor ya había pasado. Acaso había sido yo tan necio como loco mi sobrino. No era mucho, decía yo, que un joven los pidiera; pero que los diera un viejo!

Para distraer estas melancólicas imaginaciones, que tan triste idea dan de la humanidad, abrí un libro de poesías, y acertó á ser en aquel punto en que dice Bartolomé de Argensola:

De estos niños Madrid vive logrado,  
Y de viejos tan frágiles como ellos,  
Porque en la misma escuela se han criado.



SÁTIRA CONTRA LOS MALOS VERSOS DE CIRCUNSTANCIAS

...El corazón entero y generoso  
Al caso adverso inclinará la frente  
Antes que la rodilla al poderoso.  
*Rioja.*

No hay cosa, Andrés, como nacer poeta,  
No hay plaga que al alumno de las nueve,  
No hay mal que infeliz no le acometa.  
¿Crearás que huyendo de la turba alevé  
De los necios, sin fin, siempre he buscado  
Un rincón en el mundo oscuro y breve,  
Donde esconderme de ellos resguardado?  
¿Y presumes que en balde lo pretendo  
Desde que la razón su luz me ha dado?  
Donde quiera que voy, vanme siguiendo;  
Agárranse de mí, como la hiedra  
Del árbol que la vive sosteniendo.  
Entre los pies me nacen, como medra  
Entre cepas la grama; que parece  
Que aquí produce un necio cada piedra.

Ni me sirve correr, que también crece  
Su paso con el mío, ni el embozo  
En los ojos llevar aunque tropiece.  
Me ven, y danme gritos sin rebozo.  
¿No es el fatuo don Blas aquel que alarga  
El paso allá detrás con tanto gozo?  
¡Ay del que sufra su infernal descarga!  
¿Es él, mi Andrés? Pues en mi busca viene,  
Que tengo de eso mi experiencia larga.  
No hay escapar, que hablarme se previene.  
Ayúdame á salir de tanto aprieto,  
Y dejémosle aquí si nos conviene.  
«¡Don Juan! — ¡Don Blas! — Os busco. — ¿Sí? — Un soneto  
Os tengo que pedir. — Andrés, ¿no digo?  
— No os le perdono por ningún respeto: